

El amor, un sentimiento puro, bonito, complejo. ¿Qué no haríamos por amor? ¿Matar a una persona? Para Yun no está claro, pero nuestro esbelto joven de pelo castaño y ojos oscuros sabe que tiene que hacer algo. Está enamorado sin remedio de Nima, una joven de pelo oscuro y ojos verdes. La chica es un amor, cae bien a todos, pero tiene un problema. Su padre, Stev, es muy controlador, se asegura de que no tenga una vida normal para una chica de su edad.

Yun nunca se metería en problemas, no es de esos, pero es incapaz de soportar las injusticias. ¿Por qué un hombre como Stev no permitiría a Nima casarse con alguien bueno? Yun no se considera a sí mismo superior respecto a otros, pero sí se considera una buena persona. Es por eso que no entiende por qué Stev le negó la mano de su hija.

Desde que se conocieron, Nima causó en Yun una gran y agradable impresión. Ya había tenido sentimientos fuertes, pero aquello era distinto. La personalidad amable, cercana y cariñosa de Nima dejó en Yun un eco que ha perdurado en el tiempo. Frente a este sentimiento, la duda está clara. ¿Sería una persona tan normal como Yun capaz de generar el mismo sentimiento en Nima? No es fácil de asegurar, pero tal vez el joven era lo que la chica necesitaba.

Para Nima, Yun era alguien muy apuesto. Alguien con el que su mente volaba y su cuerpo se transportaba a sitios nuevos y felices. Acostumbrada a la tranquilidad de su casa, aquella idea se le hacía muy atractiva. Debido a la sobreprotección de su padre, pasaba gran tiempo en su casa. En esas largas y tediosas horas, se dedicaba a tejer, realizando prendas de lana. Pero había momentos en los que tenía algo de libertad para caminar por la aldea. Fue en uno de esos momentos que conoció a Yun. Y fue en otro que le entregó una pequeña bufanda tejida a mano para demostrarle su amor.

Su relación avanzó y la decisión estaba clara, tenían que casarse. Había una duda permanente en la cabeza de Yun. ¿Cómo podía alguien ser tan egoísta como para no permitir

un enlace tan bonito? Stev debía de ser alguien malvado, pues a Yun no se le ocurría otra explicación. Podía imaginarse que alguien que era capaz de hacer algo así estaría amargado, tal vez, debido a los años sirviendo como soldado.

La mirada fría de Stev revelaba que era una persona que había vivido mucho. Alguien que sin duda se habría enfrentado a todo tipo de situaciones, viéndose obligado a tomar las decisiones más difíciles. Tal vez, después de una vida tan dura como la que había tenido, fuera difícil enfrentarse a la idea de dejar ir a lo máspreciado que tenía, su hija. Era comprensible que Stev la quisiera proteger, pero para Yun aquella situación era injusta.

Tal era la obsesión a la que llegó el joven, que se dispuso a abandonar todo lo que conocía. Salió de la aldea, no para ir a la ciudad en busca de una vida mejor como hacía la mayoría, sino que se dirigió a las montañas. Sabía que allí había alguien que podía ayudarle. Un antiguo guerrero, del que hablaban las leyendas. No fue fácil encontrarle, pero más difícil fue conseguir que entrenara a Yun.

Para un guerrero legendario que se había ido a las montañas solo había dos cosas importantes: la tranquilidad y la ausencia de problemas. Cuando Yun le pidió ser su alumno con el objetivo de enfrentarse a Stev, se negó porque aquello significaban problemas. Pero el joven, que tenía agudizado el ingenio gracias a su obsesivo objetivo, tuvo una idea. Decidió quedarse en las montañas y se pegó al guerrero como una lapa. Por curioso que resulte, aquella estrategia fue suficiente, pues con ella perturbaba la tranquilidad del lugar. Y eso era algo que el guerrero legendario no podía permitir.

El entrenamiento fue duro, así como Yun fue tan tenaz como para resistirlo. La espada le cambió, conforme más la entendía menos quedaba de la persona que había llegado desde la aldea. Los sueños e idealizaciones de la juventud se apaciguaron, tal vez debido a la influencia que ejercía el veterano guerrero. Al terminar el entrenamiento había dos cosas claras. La primera, que Yun no era la misma persona que antes de encontrar al guerrero. Y la

segunda, que a pesar de eso seguía estando obsesionado por cumplir su objetivo. Tenía que rescatar a Nima de las controladoras manos de Stev.

Yun regresó a la aldea una mañana después de mucho tiempo. Llevaba una armadura ligera y una espada brillante, ambas cortesía del guerrero de las montañas. Los habitantes de la aldea se fijaron en él, algunos con asombro y otros con dificultad para reconocer al joven después de meses sin verle. Se plantó en frente de la casa de Stev, la cual tenía puertas y ventanas cerradas. El control de aquel hombre había llegado demasiado lejos, ahora tampoco permitía que Nima viera la luz del sol.

—¡Ya ha habido suficiente injusticia respecto a la joven dama que vive en esta casa! —dijo Yun—. ¡Que salga el endiablado hombre que la tiene encarcelada!

Los murmullos se extendieron por toda la calle con rapidez. ¿Quién estaba tan loco como para enfrentarse al veterano soldado? Fue ahí cuando hasta los más dudosos reconocieron al joven, se trataba de Yun, el que intentó conseguir la mano de Nima.

—Ya voy —dijo Stev.

Estaba dentro de la casa. Se escucharon unos pasos, encajó la llave en la cerradura de la puerta y abrió.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó Stev.

—Ya lo sabes, pero lo diré una última vez —dijo Yun—. La quiero a ella, a Nima. Quiero liberarla de su prisión.

—Ya veo —dijo Stev—. ¿Estás seguro de que eso es lo que quieres? ¿Crees que la conoces de verdad?

Las palabras de Stev causaron impacto en Yun. Eran dos preguntas que siempre había dado por hecho. Claro que conocía a Nima, esa persona delicada de la que estaba enamorado. ¿Verdad? Lo cierto era que nunca se había parado a pensarlo en profundidad. Pero este no era momento de pensar, sino de actuar.

—¡Por supuesto! —dijo Yun—. Tan convencido estoy que te reto a un duelo por ella.

El rostro de Stev, que no había mutado en toda la conversación, cambió. Sus ojos se entrecerraron, tal vez como muestra de desagrado o tal vez como señal de que Stev tramaba algo. De cualquier modo, Yun solo quería derrotarlo.

—Está bien —dijo Stev—. Si es lo que quieres así será.

Stev entró en su casa y salió a los pocos segundos con una espada.

—¿No te vas a poner armadura? —preguntó Yun.

—No la voy a necesitar —dijo Stev.

—Suenan a las palabras de alguien arrogante —dijo Yun—. Te recomiendo que no me subestimes, no me gustaría tener que hacerte más daño del necesario.

El joven desenvainó su espada y se puso en posición de combate.

—No te subestimo —dijo Stev.

El soldado agarró su espada con firmeza y esperó al movimiento de Yun. Tras unos segundos de duda, el joven atacó. Sus espadas chocaron y el duelo comenzó. Yun se esforzó para sacar a relucir todo lo que había aprendido. Lo cierto es que no lo hacía nada mal para la poca experiencia que tenía. La pelea, que podría haber sido rápida y desastrosa, se convirtió en un sutil y feroz baile entre dos hombres. Luchaban por sus ideas, luchaban para proteger, luchaban por sus sentimientos.

Eran ciertas las palabras de Stev, no subestimó a Yun en ningún momento. Su defensa era férrea y en eso se basaba su combate. Pocos eran los ataques que lanzaba y, cuando al fin atacaba, Yun reaccionaba con una mezcla de rapidez, instinto e impulsividad.

—No te tengo miedo —dijo Yun.

—Entonces eres un insensato —dijo Stev.

El soldado frunció el ceño y realizó un rápido movimiento con la espada. Yun saltó hacia atrás, solo para descubrir que el movimiento de Stev era un amago, pues el ataque no se completó.

—O tal vez seas un mentiroso —dijo Stev.

—Soy la persona que te va a derrotar —dijo Yun.

El joven se lanzó al ataque de nuevo, y el soldado se defendió de cada envite. La templanza con la que Yun había aguantado antes empezó a venirse abajo. Comenzaron a surgirle dudas debido a la notable diferencia de experiencia. ¿Seré capaz de derrotarle? Pero no había tiempo para dudas, solo para luchar.

Recordó las enseñanzas que recibió en las montañas y, para sorpresa de Stev, le atacó con nuevos movimientos. Fue fugaz, como una estrella que se desvanece en el cielo, pero Yun logró superar al soldado. Le golpeó de forma superficial en varias ocasiones y sintió que tenía la pelea en sus manos. Si tenía la oportunidad, no debía contenerse, el golpe sería severo y su oponente se vería obligado a rendirse. Stev desvió varios ataques seguidos y encontró un momento para saltar hacia atrás.

—Aguarda un segundo —dijo Stev—. Hay algo que debes saber.

Su voz era entrecortada, provocada como consecuencia del cansancio. Si bien la experiencia jugaba a favor de Stev, la juventud lo hacía a favor de Yun.

—¿Te rindes? —preguntó Yun—. Eso es todo lo que quiero saber.

Stev se tomó un par de segundos para recobrar el aliento. Su mirada era firme y había determinación en sus ojos. No parecía que quisiera rendirse.

—Ya es tarde —dijo Stev—. No puedes llevarte a Nima.

—¿Por qué? —preguntó Yun.

—Porque ya no está —dijo Stev—. Ha sido secuestrada por una malvada criatura.

Yun no confiaba en Stev. ¿Cómo iba aquello a ser posible? Una criatura no sería capaz de secuestrar a una joven tan sobreprotegida como Nima, mucho menos enfrentarse a un soldado veterano. Pero en la casa de Stev no había rastro de lucha más allá de la que acababan de tener. Además, si Nima no estaba, ¿qué sentido tenía haber aceptado el duelo?

—No voy a caer en tus mentiras —dijo Yun—. Sé que Nima está encerrada dentro de tu casa.

—No miento —dijo Stev—. Puedes registrar la casa si lo deseas.

—¿Y si dentro hubiera una trampa? —dijo Yun.

—No la hay —dijo Stev—. Lo podemos hacer de la forma en la que más seguro te sientas.

Yun no terminaba de fiarse de Stev, pero su instinto le decía que tal vez le estuviera diciéndole la verdad. ¿Por qué iba a mentirle con algo así? Si en realidad una criatura había secuestrado a Nima, Yun tenía que saberlo. Si la rescataba, podrían estar juntos al fin. Registraron la casa con cuidado y siguiendo las indicaciones de Yun. Efectivamente, Nima no estaba allí.

—¿Dónde está? —preguntó Yun.

—Lejos de aquí, en una cueva —dijo Stev—. Cuando la criatura se llevó a mi hija todo lo que pude hacer fue encerrarla en aquel lugar.

—¿No te enfrentaste a la criatura? —preguntó Yun.

—No fui capaz —dijo Stev—. Con la edad he perdido la capacidad de enfrentarme a situaciones que antes habría resuelto con firmeza y frialdad.

Stev era una persona difícil de descifrar. Debido a la imagen de soldado serio que tenía, cualquier persona pensaría que habría intentado luchar contra la criatura para salvar a su hija, aunque eso le costara la vida. Pero la realidad resultaba ser otra.

—¿Y por qué aceptaste el duelo? —preguntó Yun.

—Porque conozco tus intenciones, quieres ayudar a Nima —dijo Stev—. Quería comprobar lo fuerte que eres, no me hubiera gustado mandar a un joven como tú a una muerte segura.

—¿Eso quiere decir que me dirás dónde está esa cueva? —preguntó Yun.

—Así es —dijo Stev.

Y así lo hizo. Stev le dijo a Yun la localización de la cueva. El joven partió lo más rápido que pudo. Durante el camino, no le dejaban de surgir dudas sobre lo que había pasado. Con lo protector que Stev era, no se imaginaba cómo había podido perder a su hija de aquella manera. ¿De verdad hizo todo lo que pudo? En cualquier caso, Yun tenía que apartar esas dudas de su mente. No sabía a qué se tenía que enfrentar para liberar a su amada, pero sabía que no sería fácil.

Yun llegó a la entrada de la cueva. Recorrió los túneles con una antorcha en una mano y su brillante espada en la otra. Stev le había dado precisas indicaciones sobre el recorrido que tenía que seguir para llegar hasta la criatura. Los nervios afloraban y el sudor goteaba sobre la frente de Yun. Pero su determinación permanecía fuerte y eso era todo lo que necesitaba. Fue capaz de recordar cada indicación, atravesando los enrevesados túneles. Hasta que, al fin, llegó.

Descubrió una cárcel dentro de la cueva. Una línea de gruesos barrotes hechos de un fuerte material. Yun posó su mano sobre uno de ellos y comprobó su firmeza. Si la bestia que estaba encerrada tras esos barrotes pensaba escapar, tendría que ejercer una fuerza descomunal. La idea de una criatura tan poderosa se iluminó en la mente de Yun, pero la dobló y la hizo pedazos como si fuera un pequeño trozo de papel.

—¿Has vuelto por fin?

Una voz femenina se proyectó desde el interior de la celda.

—¡Nima! —dijo Yun—. ¿Eres tú?

Yun estaba ansioso y levantó su antorcha para intentar ver mejor. No había reconocido con claridad la voz, pero en seguida intuyó que se trataba de Nima. Sin embargo, la voz tardó unos segundos en responder.

—Sí, soy yo —dijo Nima—. Creo que te conozco, ¿verdad?

—¡Claro que me conoces, soy Yun!

—Yun —dijo Nima.

Su voz sonaba tierna y entrecortada. Casi como si le costara pronunciar las palabras.

—Cuánto tiempo, casi no te reconozco —dijo Nima—. No sabes lo triste que he estado desde que te fuiste. Pensaba que no ibas a volver.

—Lo siento Nima —dijo Yun—. Me tenía que volver fuerte para ayudarte.

—¿Y ya lo has conseguido? —preguntó Nima.

—Por supuesto —dijo Yun—. Tanto que iba a derrotar a tu padre. Él ha sido el que me ha enviado. Confía en mí para que derrote a la criatura.

Nima no respondió. O, mejor dicho, no lo hizo con palabras. El único sonido que se escuchaba dentro de la celda era un ligero sollozo que iba aumentando en intensidad.

—¿Te ha hecho daño? —preguntó Yun—. Dime dónde está para que pueda acabar con ella.

—No puedes acabar con la criatura —dijo Nima.

De la oscuridad de la celda se acercó una figura, la de Nima. Yun la vio aparecer con el torso superior desnudo y el pelo suelto y alborotado, tan bella como la recordaba. Sin embargo, cuando Nima salió por completo de la oscuridad, se descubrió algo que el joven jamás podría haber imaginado. La mitad inferior de Nima no consistía de las dos piernas que Yun estaba acostumbrado a ver, sino en una serie de piernas negras, duras y peludas, todas ellas pegadas a un gran y oscuro cuerpo que conectaba con su torso. Era una criatura terrorífica, mitad araña gigante, mitad humana.

—No puedes acabar con la criatura porque la criatura soy yo —dijo Nima.

Yun estaba paralizado. No sabía qué hacer. Se había preparado para casi cualquier situación. Estaba dispuesto a luchar contra el ser más terrible y poderoso con tal de salvar a Nima. Aunque aquella lucha le costara la vida, Yun estaría contento con su sacrificio si conseguía liberar al fin a su amada. Pero la situación había resultado ser muy distinta a la que se había imaginado. ¿Cómo iba a salvar a Nima si ella era la criatura?

—Esto no puede ser real —dijo Yun.

La frustración de la situación se le vino encima. Experimentó una nueva sensación que no había tenido desde que se había internado en la cueva. Se trataba de una gran tristeza.

—Tranquilo, no todo está perdido —dijo Nima.

—¿De verdad? —preguntó Yun.

—De verdad —dijo Nima—. Todavía puedes ayudarme, si estás dispuesto.

—Claro que estoy dispuesto —dijo Yun.

—Verás, nada me gustaría más que salir de aquí—dijo Nima—. Después de tantos años sometida a la protección de mi padre, quiero disfrutar de algo de libertad.

—¿Pero no eres peligrosa? —preguntó Yun.

—Claro que no —dijo Nima—. Todo lo que quiero es volver a mi forma humana y pasar el resto de mis días contigo.

La dulce voz de Nima despertó en Yun todos los sentimientos que tenía por ella. Todas esas experiencias que habían tenido juntos, que les habían unido, se proyectaron en su mente en forma de recuerdos.

—Tiene que haber alguna forma de devolverte a tu estado anterior —dijo Yun.

—¡Eso es! —dijo Nima—. Tenemos que luchar por nuestro amor, y encontrar la manera de estar juntos.

Yun se encaminó hacia la puerta de la cárcel, dispuesto a abrirla.

—Tienes razón —dijo Yun.

Tenía que luchar, pero no para la pelea que él se había preparado. Stev ya había quedado atrás, y la idea de enfrentarse a una criatura para salvar a Nima también se había esfumado. La única lucha que debía librar era la de encontrar la forma de hacer que su amada volviera a ser humana. Juntos podían conseguirlo. No importaba que fuera una criatura arácnida porque no era peligrosa. Había hablado con ella y la había visto. Había visto a la Nima que él recordaba.

El joven llegó a la puerta y unos pasos rápidos se acercaron. La criatura se abalanzó sobre el muchacho. Yun intentó caminar hacia atrás, pero no pudo. Descubrió que sus pies estaban pegados a una fuerte tela de araña, y por fin todo tuvo sentido. Nima, o quien fuera la criatura, le había tendido una trampa.

Yun tuvo la sensación de que todo cuadraba. El ataque de la criatura no le producía una sensación muy distinta al sentimiento que Nima le provocó en las experiencias que compartieron, esas que hicieron que se enamoraran. De alguna forma, siempre había habido algo que no estaba bien.

Con bastante seguridad, Nima llevaba maldita mucho tiempo y engatusó a Yun para que la ayudara a escapar del control de su padre. Un padre que, a ojos de todos, era demasiado protector. Un padre que, en realidad, estaba intentando proteger a lo más preciado que tenía en su vida. ¿Cómo habría sido para Stev tener que criar a una hija sabiendo que estaba maldita?

Sin duda Nima siempre había sido un peligro para el resto del mundo. Lo correcto habría sido tener clemencia y acabar con su vida. Pero Stev, un soldado veterano, con los nervios de acero, no fue capaz de hacerlo. En su lugar, solo pudo retrasar lo inevitable, y encerrar a su amada hija cuando la maldición se completó.

Qué triste el destino, ese que quiso que Yun se cruzara en el camino de Nima. Que fuera tan ingenuo como para enamorarse de ella. Que de verdad estuviera dispuesto a hacer lo que fuera por ella. ¿Tan tonto había sido?

No era posible. Tal vez Nima estaba maldita y había jugado con él, pero tenía clara una cosa. En algún momento, tan pequeño, fugaz ypreciado que si se esforzaba por agarrarlo se le escapaba entre los dedos, fue capaz de ver a Nima, de verla de verdad. Más allá de cualquier maldición, había algo real, algo puro en lo que había sentido por ella. Ese sentimiento fue la consecuencia de ver, de alguna forma aunque fuera remota, a la persona que era Nima en realidad, más allá de cualquier maldición. Aquel pensamiento aliviaba a Yun, pero de poco le servía sabiendo que la criatura estaba a punto de matarle.

El tiempo parecía estar congelado para Yun y le dio tiempo a fijarse en un último detalle. Las lágrimas. Desde que Nima le había visto en aquella cueva, no había dejado de llorar. ¿Por qué iba a llorar una criatura maldita y despiadada? No podía ser solo por el engaño, había algo más. Se fijó en las lágrimas que caían por las mejillas de Nima, y vio en ellas el reflejo de la joven. Conectó con ella y con su pena. La pena de un destino que no tenía solución. La pena de ser esclavo de algo mucho peor que un padre protector. La pena de estar a punto de acabar con la vida de alguien a quien pudo haber amado, en lugar de acabar con su propia vida. Yun no lo podía permitir.

Tenía a la araña encima, pero encontró el tiempo justo para echarse hacia atrás. Recibió un golpe que le hizo volar y aterrizar contra los barrotes. La antorcha salió disparada y su luz revelaba la imagen de Nima preparándose para volver a atacar. Yun estaba tirado en el suelo, apenas pudo mantenerse consciente y que siguiera vivo era casi un milagro. La determinación le daba fuerzas para cumplir con su objetivo.

El joven desenvainó su espada mientras se levantaba. La araña atacó con sus afiladas patas por delante. Yun danzó en la oscuridad de la cueva, esquivando y desviando cada

ataque de su oponente. Gracias a su maniobra, ganó el suficiente terreno como para abalanzarse sobre su presa. Yun se lanzó contra Nima con una fuerte estocada. Le clavó la espada justo en el pecho y notó como la vida de su amor se le escapaba.

—Lo siento —dijo Nima.

—No, yo lo siento —dijo Yun—. No he podido salvarte.

—¿No te alegras de acabar conmigo? —preguntó Nima.

—No —dijo Yun—. Siempre tendré la duda de si había alguna otra forma.

—No, no la había —dijo Nima—. Hace tiempo que soy consciente de que mi final era este. Al menos, me consuela que hayas sido tú.

El joven se fijó en los ojos cada vez más apagados de la joven. De todas las cosas improbables que ambos experimentaron, aquel amor era lo más imposible que habían tenido. Y, por encima de aquello, había sido la mano de Yun la que había acabado con todo. Dueño de su propio destino y del de su amada, pero de qué le servía si ese destino fue el más amargo posible.

Yun volvió a mirar los verdes ojos de Nima. Veía como todo terminaba, como el final le estaba llegando. Pero quería verla por última vez. Quería retener aquel recuerdo, mucho más que cualquier otro. Pues era consciente de que, en el futuro, la mente le intentaría jugar malas pasadas. No quería dudar, no quería venirse abajo. Quería saber que aquel amargo final era lo más dulce que podía haber pasado. Y, con ese pensamiento, se despidió del amor de su vida.